

EL CABALLERO DEL BARRIL.



SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 25

LEYENDA IMITADA DEL SIGLO XIII.

I.

En tanto que bogaban á vista de las islas mitológicas de la Grecia, pensando en la ciudad santa, cual en otro tiempo aspiraban á la celestial ciudad los solitarios, y perseguidos por el recuerdo de sus buenos castillos de Picardía y Aubernia, los aventureros de la cruz, cansados de estar ociosos, se lamentaban á veces de la pesadez de los vientos de la Jonia y de la ligereza de la arena tan rebelde en caer en los relojes. Cuando la brisa, hinchendo las velas latinas permitía á los remeros colocar sus remos tras los alineados escudos que festonaban las dos bandas de los buques venecianos, aquellos barones feudales, que se hallaban fuera de su país en la mar, se agrupaban en derredor de los clérigos. Contaban estos largamente para animar las horas, aquellas leyendas de su tierra natal, rústicas poesías de la fé, donde la fértil invención de los trovadores pedía á los misterios de la religión las ficciones del romancero. A veces, también, las peregrinaciones de la Odisea aparecían en las relaciones á la vista de las playas que Ulises había recorrido, y la toma de Troya era un prólogo del asalto de Jerusalem.

Al doblar las costas en que Palas, Vénus y Latona habían dejado sus nombres, los cruzados exorcizaban á aquellas divinidades vencidas, acreditadas por el testimonio de las rocas y de las fuentes: despues, por un instinto filial, dejaban las historias antiguas por las fábulas de su patria que retratan los recuerdos de la infancia, que, reanimando un resfriado fervor, se adaptaban mejor á la robusta sencillez de las naciones de Occidente.

—Pues bien, dijo el conde-obispo de Laon á sus buenos vasallos reunidos en la encorvada popa del navío, donde contemplaban el sol inclinado ya sobre el horizonte: puesto que quereis una historia mientras reman nuestras gentes, yo os voy á contar no historias mentidas y fábulas, sino una que es la pura verdad, y puede muy bien sucedernos á nosotros. El que quiera oír la que atienda y se sienta á mi lado.

Aquellos atléticos caballeros acercáronse curiosos y dóciles como niños, agrupándose cada cual unos sobre un tonel, otros sobre un cofre, otros sobre un palo y otros medio tendidos sobre las tablas del puente. Guido de Malain y borgoñon, había ido á buscar su tonelito lleno de vino de Samos, que colocó sonriendo al alcance del historiador.

—Viene muy bien tu cortesía, le dijo el Conde-Obispo, porque en mi historia se habla de un barrilito como el tuyo, pues es la historia del *Caballero del Barril*.

Para apelar al silencio el guerrero prelado tosió sin esfuerzo, y de un modo tan sonoro, capaz de hacer huir á los tiburones. Despues, pasándose la mano sobre su blanca frente, comenzó así con gracia doctoral su relación:

—En un país, muy lejos, muy lejos, sobre la frontera de Normandía y de Bretaña, había un señor de alta alcurnia y gran nombradía que habitaba en un castillo fuerte, almenado á orilla del mar, y que no temía ni á rey ni Roque. Rico en hacienda y vasallos y muy buen mozo, este personaje hubiera podido pasar por el mas noble y mas cumplido caballero del mundo. Pero era desleal, traidor, tan falso, tan pérfido, tan orgulloso y tan cruel, que despreciaba á Dios y

á los hombres. Los países del contorno habían sido devastados por él. Maltrataba á sus habitantes y guardaba tan estrechamente los caminos, que mataba á todos los peregrinos, desbalijaba á todos los mercaderes sin perdonar á los clérigos y los frailes, ni aun á las monjas, como mas queridas de Dios. Ricas ó pobres, doncellas ó casadas, nobles ó plebeyas, ultrajaba á todo el mundo, y aun había desdenado casarse porque no hubiera encontrado corazón bastante vil que lo hubiese amado. Para él, como es fácil pensar, no había ni Témperas ni Cuaresma; comía carne los viernes, no iba á misa ni asistía al sermón. Había cometido cuantas maldades de palabra y obra puede cometer un infiel. Así llevó su vida treinta años sin arrepentirse y sin tener remordimientos.

Pasó el tiempo, hasta que en cierta Cuaresma, y en el día de Viernes Santo, habiéndose levantado con el alba este enemigo de Dios, fué á decir á sus cocineros:

—Quiero desayunarme por la mañana con carne de venado, y luego iremos á saquear el campo. Los criados, sin atreverse á contradecirle, se sometieron á su pesar; empero algunos caballeros, temerosos de Dios, le hicieron observaciones, le recordaron el tiempo en que se hallaba, y le escitaron á que despues de haber robado, ahorcado ó quemado á tantas gentes, implorase la clemencia del Salvador y llorase sus pecados.

—¿Qué es llorar? dijo el baron; ¡vaya una tontería! gimotead si es vuestro gusto, yo lo que quiero es reír.

—Señor, replicaron los caballeros; allá abajo, en el fondo del bosque, hay un santo ermitaño con el que van á confesarse las gentes que se arrepienten. No siempre se debe hacer el mal; al fin y al cabo hay que volverse á Dios. Vamos, pues, á confesarnos, y entremos en el buen camino.

—¿Confesarse? respondió; ¡lévese el diablo á quien piense en tal cosa, y maldito el que vaya! Yo le seguiré, pero será para apartarle de su propósito.

—Vos lo hareis para no separaros de nosotros; vamos, señor, hacedlo siquiera en obsequio nuestro.

—Lo haré por vosotros; pero, por Dios, de ninguna manera. Vuestra compañía es la que me lleva.

Y volviéndose á sus pajes y criados les mandó traer un caballo, diciendo á sus amigos, burlándose, que él también se reuniría con ellos cuando, despues de confesados, volvieran al pillaje. Su confesión, les dijo, es la de la zorra á la presa que se va á comer.

—A caballo, señor, y que el Dios de la verdad os haga mas humilde.

—Yo me guardaré bien de serlo, exclamó el desleal, porque entonces dejarán de temerme.

Emprendieron su camino, y mientras sus gentes iban delante muy contritas, él iba detrás de todos cantando, echándoles pullas y chanzonetas, y para no exasperar su genio le contestaban todos con moderación.

De tal modo cabalgaron por la senda abierta en el bosque que llegaron á la ermita situada en medio de él. Divisaron al santo hombre, y entraron, segun el uso, dejando fuera á su señor mas áspero, mas cruel, mas orgulloso, mas irritado que un perro rabioso. Pónese de pié sobre el estribo, se espereza y mira fieramente á sus pies.

—Señor, apeaos del caballo y venid á enmendaros é implorar perdón.

—No me muevo de aquí, respondió, ¿por qué he de pedir

á Dios perdon, cuando nada he de hacer por él? Despachad vuestro negocio; yo nada tengo que hacer ahí dentro. Pero veo que esta visita me va á hacer perder el día. Mientras estamos aquí, los peregrinos á quienes yo hubiera podido imponer una contribucion, van á pasar libremente, y eso me carga y me fastidia; mejor quisiera veros á todos impenitentes que el que se escapen sin pagar los peregrinos.

Perdiendo los caballeros toda esperanza de sacar nada de él, se dirigieron al altar y se llegaron á los pies del santo ermitaño que los confesó brevemente y los absolvió á condicion de que no volviesen á cometer males en lo sucesivo en cuanto pudiesen.

Entonces dijeron al ermitaño:

—Ahí delante de la ermita está nuestro amo y señor, llámale por amor de Dios, porque aunque nosotros le hemos predicado mucho, ha sido en balde; pero él cederá á vuestro ruego y vuestro aire venerable. El que logre convertirle no hará poco. Esta mañana quería romper el ayuno y comer carne. Se ha negado á entrar aquí cuando se lo hemos rogado; pero á vos de seguro no os lo negará.

—Lo dudo, observó el santo varon; pero voy á intentarlo aunque me da mucho miedo.

Y apoyándose en su báculo, el débil anciano se dirigió al señor y le dijo con dulzura:

—Bien venido seáis, hoy es el día de la penitencia en que se confiesan sus pecados y en que se piensa en Dios....

—Pensad cuanto os dé la gana, ¿me meto yo en ello?

El ermitaño le respondió humildemente:

—Apeaos, hermoso y noble caballero, y pues que sois caballero debeis tener un corazon generoso. Yo soy sacerdote y os lo suplico en nombre de Aquel que murió por nosotros en la cruz, os requiero que habéis conmigo.

—Hablar.... ¿y de qué diablos hemos de tratar nosotros? Ya tengo ganas de veros lejos de aquí. Mas me gustaria habérmelas con un ganso.

—Señor, lo creo; por mí no hagais nada; pero concededle algo á Dios.

—Vaya un hombre portiado, exclamó el baron, perderá su tiempo y no sacará de mí ni oraciones ni limosna.

—Al menos vereis la casa y la capilla, y....

—¿Veré un diablo! pero tengas entendido que ni doy limosna, ni rezo un Padre nuestro, ni nada.

—Pero venid.

—Voy á ir, porque me dejeis.

Al aparcarse del caballo, con aire irritado decia:

—Vaya una aventura; con mal pié me he levantado esta mañana.

El ermitaño le cogió de la mano y hablándole con suma dulzura lo atrajo hasta su iglesia y delante del confesonario. Entonces le dijo:

—Señor, ya no hay medio de retroceder, sois mi prisionero, y mi deber es hablaros; no lo tomeis á mal, y aunque tengais que cortarme la cabeza no os escapareis de aquí sin haberos confesado y contádome antes toda vuestra vida.

—No, no, respondió el otro lleno de hiel y de rabia; aunque tenga que haceros pedazos no conseguireis nada de mí; dejadme marchar.

—Os quedareis, señor, y si gustais me direis vuestra vida y los pecados de que está llena. Quiero saberlo todo....

—No sabreis nada, mal sacerdote; ¿me habeis traído para eso? Me falta poco para mataros. Preciso es estar borracho

para pretender arrancarme por la fuerza una confesion que no quiero hacer.

—La hareis, porque Dios os ilumina y os da verdadera contricion. Vamos, ya os escucho: comenzad.

El tirano en cuya cabeza vagaban siniestros proyectos, echó furiosas miradas al asustado sacerdote que á cada momento aguardaba que le diese un porrazo y recomendaba al cielo su alma repitiendo al mismo tiempo con dulzura:

—Hermano, en nombre de Dios Todopoderoso, confesadme uno de vuestros pecados, uno solo! Si comenzais, el Señor os ayudará....

—No, ni uno solo.

—Pues bien, aunque tengamos que quedarnos aquí hasta la noche cedereis: os lo digo por último y os conjuro de parte del mismo Dios que por nosotros murió en este día en la cruz, en nombre de los santos y de los mártires. ¡Abridme vuestro corazon! os mando me digais todos vuestros pecados y sin mas resistencia.

—¡Ah! dijo asombrado y confuso el caballero; ¿qué hombre sois que de tal modo me iluminais? pues que no puedo escaparme cedo, pero ni me arrepiento, ni me enmiendo...

Entonces con furioso despecho contó de un tirón sus pecados, sin omitir uno solo. Terminada la confesion:

—Os lo he contado todo, dijo al santo ermitaño; habreis quedado satisfecho; ahora dejadme en paz: me voy para no volveros á ver mas, pues me habeis vencido sin herirme y hecho hablar por violencia.

Pero lejos de gozarse en su victoria, el ermitaño se puso á llorar porque su penitente no se arrepentia.

—Señor, le dijo, habeis dicho vuestros pecados; empero sin contricion ni arrepentimiento: ahora si consentís en hacer penitencia yo quedaría muy contento.

—¡Bonita cosa me ofreceis! ¿Y si yo tuviese esa debilidad qué penitencia me impondráis?

—La que os diera la gana.

—Decidla.

—Para satisfacer todos vuestros pecados ayunareis los viernes durante siete años.

—¿Siete años? No, señor.

—Pues tres.

—Tampoco.

—Los viernes, un solo mes.

—Tampoco.

—Andar un año descalzo.

—De ninguna manera.

—No poneros camisa.

—Para que me coman los piojos.

—Daros una disciplina todas las mañanas.

—Esto es mucho peor; no puedo soportar la idea de maltratarme.

—Ir á Jerusalem.

—Hay muchos peligros.

—Ir á Santiago de España.

—No me dá la gana.

—Pues rezar al día un Padre nuestro y un Ave María.

—Eso es muy incómodo y no conduce á nada.

—¿Con que es decir que no quereis hacer nada bueno antes de separaros de mí? Pues, señor, por amor de Dios, concededme el favor de llevar mi barrilito para el agua hasta aquel arroyo sumergido, lo que no es muy penoso. Y si me lo trais lleno de agua, quedais absuelto de culpa y pena. To-

mo sobre mí vuestros pecados, añadió sonriendo el ermitaño, y yo haré por vos penitencia.....

El baron respondió:

—No es grande esfuerzo el ir hasta aquel arroyuelo, y pues me conviene, pronto quedará cumplida mi penitencia.

El ermitaño le entregó el barril que cogió el caballero apresuradamente diciéndole:

—Acepto y me comprometo á no tomar alimento ninguno hasta habérselo devuelto lleno de agua.

—Y yo os lo doy con esa condicion.

Fuese derecho al arroyo á donde se disponian sus gentes á seguirle, pero las mandó que se quedasen allí.

Llegado al arroyo, sumerge en él todo entero el barril, pero no entra en él ni una sola gota de agua; en vano le da

vueltas y revueltas, se asombra, duda de su razon, se impacienta, jura y se pone hecho una furia suponiendo que han tapado el barril. Mete una vara y lo encuentra vacío por todas partes. Vuelve furioso á meterlo de nuevo en el arroyo para llenarlo de agua y no entra en él ni una sola gota.

—¡Demonios! ¿qué es esto? esclama, ¿no podré llenar el barrilito?

Intenta un nuevo esfuerzo; pero en vano. Exasperado, rechinando los dientes, vuelve á la ermita; donde cuenta al ermitaño así como á sus compañeros su aventura, jurando que por mas que ha hecho no ha podido llenarlo.

—Pero por el que hizo mi alma, añadió, que ni de dia ni de noche he de descansar hasta haberlo llenado.

Y dirigiéndose al ermitaño;



—¿Qué es esto? ¿no podré llenar el barrilito?

—Buena la habeis hecho con este diablo de barril. Maldito sea el que lo hizo. Mientras no lo llene ni comeré pan á manteles, ni me lavaré la cara, ni peinaré mis cabellos, ni afeitaré mi barba. Caminaré dejando crecer mis uñas, á pié, pobre, sin pan y sin dinero.

El ermitaño escucha y llora, y le felicita de que al fin se decida á hacer algo por Dios.

El baron le responde irritado:

—Yo no lo hago ni por Dios ni por nadie. Lo emprendo á pesar mio por escoso de cólera y de rabia.

Despidió entonces á sus amigos, estrechó la mano al ermitaño, y colgándose el barrilito al cuello, echó solo á andar para recorrer el mundo, á fin de poderle llenar de agua.

II.

El baron caminaba por el mundo con su barrilito al cuello deteniéndose en los grandes rios, arrojando en ellos su barrilito, sin poder hacer entrar en él ni una gota de agua. Consumiéndose su calzado; destrózanse sus vestidos; tomó su rostro el mas repugnante aspecto; siguióle la miseria mas espantosa, y al verle todos huian de él y se negaban á recibirle en sus casas. Recorrió así al mundo, pasó los mares, y ni aun en Europa, ni en Asia, ni en Africa hubo arroyo, fuente ni rio, de agua sucia ó pura, donde no sumergiese su barril y lo sacase siempre vacío. Así consumió sus fuerzas, y su creciente furor redoblaba su obstinacion.

Al cabo de tres años, volvió á la ermita; precisamente el Viernes Santo, día en que habia salido de aquel lugar; entró en ella agobiado de dolor; estaba solo el ermitaño y en todo pensaba menos en él. No reconoció á aquel hombre, empero sí reconoció el barril, y dirigiéndole la palabra le dijo:

—Hermano, ¿qué os trae aquí? ¿Quién os ha encargado ese barril, que hace justamente tres años confíe yo al caballero mejor mozo y vigoroso que á mi parecer hubo jamás en el imperio de Roma? ¿Es muerto, ó vivo? porque no he vuelto á saber de él. Por lo visto yo no sé de dónde vienes; malos encuentros debes haber tenido.

Lleno de cólera le responde:

—Vos sois el que me habeis puesto en este estado.

—¿Yo?

—Sí. Yo soy al que habeis confesado á la fuerza hace tres años, y al que habeis cargado con este barrilito; y entonces le contó todo su viaje, las comarcas que habia recorrido, los mares y los ríos, y sin poder llenarlo de una sola gota de agua, conociendo que la vida la habia gastado y que iba á morir.

Entonces el santo ermitaño le hizo ver que, falto de contrición, habia gastado su vida en trabajos que no servían para nada, y que los hacia con desesperación, cuando si los hubiese hecho con verdadero arrepentimiento y prometido no volver mas á pecar, hubiera sido aceptable su penitencia. Entonces se conmovió el barón, se arrepintió de veras, y el agua de su corazón lleno de angustias subió hasta sus ojos, y cayó una lágrima en el orificio del barril, donde penetró como una flecha. Y cuenta la tradición que aquella lágrima llenó tanto el barrilito que se vertía, y entonces el ermitaño le abrazó, felicitándole de que Dios le habia salvado del infierno, y perdonado sus pecados.

Acordóse entonces de la confesion impía que hacia tres años habia hecho en igual día, y la renovó con verdadera compuncion y sincero arrepentimiento. Recibió la Sagrada Eucaristía, y sintiéndose morir de dolor y de lo consumido que se hallaba su cuerpo con tantos trabajos, espiró en los brazos del santo ermitaño. Este avisó al castillo de aquel poderoso caballero, y acudieron á recoger su cuerpo, admirando el santo fin que el ermitaño les dijo habia tenido; admirando aquel ejemplo por el que los pecadores arrepentidos jamás deben desesperar de su salvación, y que nadie puede reputarse bastante criminal para dudar de la clemencia y misericordia de Dios.

Tal fué la leyenda que el Conde-Obispo contó á los peregrinos de la cruz que se dirigían á Jerusalem, y los que la oyeron con profundo silencio y respetuoso recogimiento.

LOS TRES HERMANOS MÚSICOS.

I.

Después de seis años de encarnizada y sangrienta guerra, gracias á nuestra constancia, á nuestro entusiasmo, á nuestro valor, en fin, no solo logramos expulsar de nuestra patria á los franceses, sino que los perseguimos hasta su

país, repeliendo de este modo la mas injusta de las agresiones.

Hallábase acampado nuestro ejército cerca de Bayona, y se agrupaban los soldados en torno de las fogatas cuyas llamas iluminaban los heróicos semblantes, que jamás pudo mirar el enemigo cara á cara sin espanto. La actitud de los guerreros españoles revelaba la fatiga, porque contaban largos y penosos trabajos; pero entre aquellos espesos bigotes se traslucía la espresion de terribles amenazas contra los que vinieron á hacernos la guerra en nuestra misma casa, deramando á torrentes la sangre castellana, y sembrando de escombros la nación de Carlos III.

Sobre una de las fogatas se veía una gran marmita sostenida por tres palos puestos en forma de triángulo, y llena de legumbres y de algunas gallinas, á juzgar por el olor que exhalaba cuando el rancho movía con un baston lo que la vasta marmita contenía. Acá y allá se encontraban en el suelo algunas armas, barrilillos, jarros y panes de munición; cuadro tanto mas interesante, cuanto que andaban allí confundidos oficiales y soldados, no faltando algunos de estos últimos que lucían en extraño maridaje las prendas del uniforme español y alguna que otra francesa recogida en los campos de Vitoria.

Mientras así se disponía la cena, salió de un bosque inmediato una mujer, jóven todavía, pero pálida y flaca, debido al cansancio, la enfermedad ó la pobreza; de suerte que una vejez prematura habia marchitado sus facciones, que, sin ser hermosas, tenían, no obstante, cierta regularidad. Su traje revelaba profunda miseria, y sobre su espalda hallábase sentado, ó mas bien agrupado, un niño de tierna edad, puesto sobre una caja parecida á la de los organillos que traen los músicos extranjeros. A su lado caminaban otros dos niños de alguna mas edad que el primero, y los tres eran sumamente bonitos; pero el frío, el hambre y todas las incomodidades de un viaje de muchos días, hecho sin dinero y sin recursos, habian enflaquecido sus mejillas, apagado el brillo de sus ojos, y borrado los bellos colores de la infancia. Así es que tiritaban, y dirigiendo ansiosas miradas á todos aquellos preparativos, harto dieron á conocer su necesidad.

—Hola, comadre, exclamó un andalúz, que era el orador de la compañía, y á quien sus camaradas habian bautizado con el nombre de *Buen-Timbre*; ¿de dónde viene vd. de este modo?

—De Bayona, respondió la jóven con acento alemán muy pronunciado.

—Por lo que veo, no es vd. francesa.

—No señor, soy sajona, de Dresde.

—¡Magnífico!... ¿pero no se detiene vd. un poquito?... de buena gana hablarían esos chicos con la lumbre, y dirían una palabra á la gamella. ¡Ea, dejémonos de remilgos! con los valientes no hay que gastar cumplimientos.

Y los tres niños, con inefable espresion, miraban alternativamente á los soldados y á su madre, dando gracias á los unos y suplicando á la otra. Esta, sin disimular su alegría, se acercó al grupo, y todos acudieron á desembarazarla de su pesada carga. Hiciéronla sitio para que se acercara al fuego, y los niños, saltando con su acostumbrada alegría entre los soldados, abrazaron á *Buen-Timbre* jugando con sus bigotes.

Cuando llegó la hora de cenar, todos se acercaron á la

marmita, y sobre anchas rebanadas de pan negro, ponían la carne y las legumbres, y despues pasaban de mano en mano los jarros llenos de vino. La madre y los hijos estaban enajenados, y sus rostros espresaban ese aire de ventura que tan bien sienta á la juventud y á la infancia.

—¿Cómo ha llegado vd. á tan miserable estado? dijo *Buen-Timbre* suavizando la voz.

—Mi marido, mis dos hijos y yo, habitábamos una casita en las cercanías de Dresde, y por tres veces fuimos robados por las tropas francesas.

—Lo mismo han hecho en mi tierra; pero les hemos pagado como merecian.

—Mi marido, que en otro tiempo fué músico, y habia sufrido muchas desgracias, tocaba el violin por las calles, y mis dos hijos, pues entonces no habia dado á luz el tercero, iban con él tocando el organillo.

—¿Con esta caja?

—Sí, señor soldado, dijo uno de los niños con acento muy español; ¿quiere vd. que lo toque?

—¿Pues no habla mi lengua como yo!

—Su padre era español, y les enseñó el castellano.

—¿Acabara vd., por Cristo! ¿con que estos pilluelos son paisanos míos, ó poco menos? Pues, señor, me alegro infinito, dijo el soldado apurando un jarro de vino.

—A poco tiempo murió mi marido, y como nada nos habia quedado, me he puesto en camino con los niños para ir al país de mi marido, donde espero hallar algun pariente que recoja á estos pobrecitos. Entonces me volveré yo á Alemania.

La viuda no pudo acabar porque los sollozos la ahogaban.

—¡Ah! dejémonos de simplezas, dijo *Buen-Timbre* saliendo las lágrimas; ¿y de qué país era su marido de usted?

—De Osuna, cerca de Sevilla.... Hasta el día nos hemos mantenido los tres tocando por los pueblos; pero hace dos días que á casi nadie habíamos encontrado, y veinte y cuatro horas que ni habíamos comido ni descansado. Cuando encontré á vds. apenas tenia esperanzas de llegar á la aldea que se ve desde aquí, porque aunque no me faltaban fuerzas, los niños no podian sostenerse, viéndome obligada á llevar en brazos ya al uno ya al otro, y para enganar su hambre á hacerles mascar ramillas de algun árbol....

Al día siguiente el ejército emprendió la vuelta á España, donde entraron la madre y los hijos tocando un himno patriótico. La alemana, al ver el suelo patrio de su marido, alzó al cielo una mirada de gratitud, y los chicos la imitaron como la imitaban siempre que se ponía á rezar.

II.

En Vitoria, la madre de los tres niños, á quienes en adelante llamaremos los tres hermanos músicos, cayó enferma, y el mayor de los chicos, que no tenia doce años, no quiso que la condujeran al hospital. Lloró tanto y tan fuerte, sus hermanos mezclaron tantas lágrimas á su llanto, que enternecidas algunas personas caritativas se encargaron de cuidar á la pobre extranjera y á su corta familia.

Siéndole preciso á *Buen-Timbre* continuar su marcha, abrazó á sus amigos y les dejó algunas monedas que habia guardado en el forro de su uniforme. Esta fué para los niños

una fortuna cuyo secreto solo confiaron á su madre, á fin de tranquilizarla acerca del porvenir, bien limitado por cierto. A pesar de estos recursos inesperados, tratóse al pié del lecho de la querida enferma de cómo se encontrarían los medios para vivir sin servir de carga á nadie. Habia en aquellos tres corazones y en aquellas tres inteligencias apenas formadas, maravillosos instintos, pero la música y la profesion de su padre era cuanto podían explotar; y hé aquí lo que se adoptó á propuesta del mayor de los niños:

Todas las mañanas, despues de estar seguros de que nada faltaria á su madre, recorrian las calles de Vitoria tocando el organillo y cantando algunas canciones del país para agradar á los transeuntes: dos veces al día uno de ellos iria á casa para ver á la madre y entregaría lo que juntasen, y por la noche se reunirían todos despues que la campana diese las diez, ó, como decían los niños en aleman, cuando sonase el *lumbeglock*. Por supuesto, se adquiriria un violin y un método para aprender á tocar este instrumento, al paso que uno de ellos, el mayor, se aprovecharia de las horas de descanso para recibir lecciones, y poder en seguida enseñar á sus hermanos.

Al principio los vitorianos hicieron muy poco caso de los tres chicos, á los cuales confundieron con los músicos alemanes, italianos y franceses que suelen penetrar en España por aquella parte de la frontera; pero su donaire, su modesto vestido y sus graciosos semblantes interesaron á algunas personas, y despues á otras, hasta que obtuvieron la predileccion de la ciudad.

En el paseo eran la delicia de la gente elegante; en el café servían de solaz á las jóvenes, y en las posadas, en las tabernas, en las romerías, divertían á la multitud. Aprendían con pronta y dócil facilidad lo que podía ser grato á los que les escuchaban, y hasta componían algunas canciones, recuerdos mas bien que inspiraciones. De todo esto resultó, que recogieron muy buenos cuartos, restablecióse la salud de su madre, y á las bendiciones que sin cesar les dirigía ésta, mezclaban acentos de religiosa gratitud.

Una mañana clara y despejada, la ciudad entera habia salido á gozar de los primeros rayos del sol de primavera, y los tres hermanos muy erizados y con buenos trajes, se presentaron á la multitud, la cual les miraba con sorpresa y con benévola curiosidad. No llevaban como otras veces el organillo, que era su eterna orquesta y el único acompañamiento de sus cantares, sino que el mayor tenia un violin, el otro una flauta, y el mas pequeño, aunque con trabajo, cargaba con un violonchelo.

Animados los chicos con la buena acogida de los vitorianos, colocáronse en una eminencia y allí efectuaron delante de lo mas escogido de la poblacion, fragmentos de Beethoven y de Mozart. Los oyentes estaban admirados y llovían las monedas sobre una bandeja de estaño, con gran alegría de los músicos, quienes se retiraron á la ciudad con ánimo de entregar para objetos de beneficencia todo el producto de su primera colecta, en lo cual cumplían un voto de caridad.

Era imposible comprender como aquellos niños que pasaban todo el día y parte de la noche tocando el organillo y cantando en los sitios públicos y en los paseos, en las plazas y en las calles, se habian convertido tan pronto en hábiles artistas. Porque nadie sabia que por espacio de cinco años, bajo la direccion de su hermano mayor, cuya disposicion y

celo eran extraordinarios, cada uno de los dos hermanos habian aprendido el instrumento que podía completar la armonía. Todas las noches, cuando su madre se dormía bendiciendo á los hijos de su corazón, encerrábanse en una pieza aislada del piso alto, y allí daban principio á una lección que devoraban con avidez. Con el estudio y la constancia, saltaron la primera valla y luego creció el trabajo, los progresos fueron rápidos, y nuestros músicos, uno de los cuales entraba en la juventud, mientras los otros hallábanse en la adolescencia, se creyeron bastante fuertes para intentar un ensayo en público, no sin que el éxito coronase su empresa.

Habíanse hecho los músicos la delicia de las mejores tertulias de Vitoria y vivían con su buena madre en la mayor comodidad, cuando llegó la noticia de que pronto entrarían tres batallones de infantería, destinados á guarnecer la plaza. En las provincias siempre llama la atención la llegada de nuevas tropas; así es que un concurso numeroso se trasladó á la puerta por donde aquellas debían hacer su entrada.

Los tres hermanos, acompañados de su madre, hallábanse entre la multitud, y cuando oyeron á lo lejos la música militar, saltaron de alegría como si un presentimiento secreto fuese á anunciarles lo que iba á suceder. Avanzaban los batallones vestidos de gala, y á la cabeza de la música despues de los gastadores, llamaba la atención un tambor mayor de alta estatura y cuyo traje era muy pintoresco. Llevaba un kolbach con un penacho del cual salía un plumero gigantesco, y los tres hermanos le miraban con emoción cuya causa ignoraban, hasta que el mayor exclamó:

— ¡Es Buen-Timbre!

Al oír este nombre el tambor mayor, volvió la cabeza majestuosamente, y la mirada que dirigió á sus amigos le probó que no les había olvidado, pero la disciplina no le permitía distracción alguna, por lo cual les hizo seña que acompañasen al regimiento hasta el cuartel que debía ocupar.

III.

Figúrense nuestros lectores cual no sería el placer de todos al volverse á encontrar: sucedíanse las preguntas y las caricias y ninguno le escuchaba hasta que Buen-Timbre rogó á sus amigos le contasen su actual estado. Hízolo así el mayor, y cuando acabó su relato, el veterano abrazó á los tres, estrechándolos contra su corazón.

Sus aventuras eran mas sencillas: cumplidos sus años de servicio, no había querido abandonar su bandera que había visto flotar con orgullo en muchos combates; y nombrado tambor mayor de su batallón, iba de guarnición á Vitoria, donde todos los días podría ver á los que amaba con todas sus fuerzas, y en los cuales había pensado no pocas veces.

Buen-Timbre era muy constante en las visitas que hacía á sus amigos, y como se apasionase de la música al oírlos, quiso aprenderla. El mayor de los tres hermanos se convirtió en su maestro; mas su organización era rebelde para la música, á pesar de la gracia con que se contoneaba al frente de sus tambores y la destreza con que manejaba la insignia de su empleo.

Dos años despues de estos sucesos, los tres hermanos tuvieron el dolor de perder á su madre, y abandonaron una

ciudad, que si les ofrecía gloriosos recuerdos, también les afligía con el pesar que les causó la muerte de una madre cuya salud habían minado los trabajos.

Luego que recorrieron la Francia, se dirigieron á Alemania, recogiendo en todas partes aplausos y dinero. Ellos mismos componían lo que tocaban, y sus obras tenían particular encanto, el de una delicadeza inimitable. Pura y penetrante su melodía, suave y argentina su armonía, noble el candor de aquellos tres artistas unidos por los lazos de familia y por la fraternidad intelectual, acercábanse á la madurez sin perder ninguna de las amables cualidades de la infancia, y toda la Alemania celebraba su mérito.

Seguramente era un espectáculo digno de interés el del tres hermanos recorriendo con tanta reputación y colmados de aplausos y de riquezas, las mismas poblaciones que años antes habían pisado pobres y necesitados, faltos de todo, hasta de consuelo. Quisieron tornar á los sitios que habían sido testigos de sus trabajos, y festejados en todas las ciudades; hasta la corte rindió su tributo de admiración á su indisputable talento.

Hace un año que hallándonos nosotros en Alemania presenciábamos una escena interesante. Ejecutábase una ópera nueva en el teatro de una de las ciudades que se miran en las ondas del Rhin, y un augusto personaje había acudido para asistir á la representación. La ópera obtuvo todos los sufragios, y la partitura escitó transportes de entusiasmo; pues al mismo tiempo que eran graves y espresivas las masas de armonía, sostenían perfectamente las cantinelas del drama musical.

Cuando se acabó la última escena, la corte quiso saludar al autor de una obra tan llena de mérito; y como los espectadores se asociasen á este deseo, salieron á las tablas con suma modestia tres artistas con el pecho cubierto de cruces. Eran los tres hermanos músicos, los cuales se abrazaron llorando al oír las felicitaciones mil veces repetidas de un público entusiasta que no se cansaba de prodigarles su admiración y cariño.

POESIAS ANONIMAS DEL SIGLO XV.

CONSERVADAS

EN LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE PARIS.

Las producciones poéticas de los escritores castellanos del siglo XV, no solo se leen todavía en Europa con aquel interés que presta á las cosas antiguas el trascurso del tiempo, engalanándolas con misteriosos recuerdos de una época fantástica y caballeresca, sino que de continuo ofrecen motivos de erudición y de crítica á los bibliófilos y filólogos modernos.

Nada mas común que hallar á cada momento obstáculos para apreciar la verdadera edad de las producciones literarias antiguas, y sobre todo para determinar á cual de estos u otros autores conocidos deban atribuirse las composiciones que de propósito ó por acaso permanecieron anónimas. Muchas veces las bellezas en que abunda una composición poética, las referencias que hace su autor desconocido á

estos ó aquellos acontecimientos de la época en que florecía, el conocimiento de los hechos ajenos, todo, en fin, puede inducir á señalar como debidas á plumas de determinados escritores las producciones de la antigua literatura. Pero cuando esto no sucede, cuando á pesar de que se conozcan las colecciones y códices en donde se conservan semejantes producciones, se ignora por completo el nombre del autor, entonces es preciso acudir á otros medios para conocerlo, abandonando aquellas de lo contrario entre el inmenso cúmulo de composiciones anónimas.

He aquí lo que sucede cabalmente con las que reunimos en esta breve colección de *Dezires y cançiones del siglo XV*.

Las dos *Cançiones* y el *Dezir de un apasionado*, son poesías anónimas, pero que se encuentran entre otras del célebre Juan de Mena y del no menos famoso poeta Lopez de Zúñiga, en el manuscrito de la Biblioteca imperial de París, número 7819, que contiene numerosas rimas catalanas y castellanas del siglo XV.

El *Dezir d' amor* con que comienza la colección, y el *Dezir de las colores*, se consideran como anónimas igualmente, hallándose entre otras poesías de los no menos conocidos vates castellanos del siglo XV, marqués de Santillana, Alonso Alvarez de Toledo, en un precioso manuscrito de la misma Biblioteca imperial de París (número 7822), que contiene antiguas rimas castellanas.

¿Son, pues, anónimas estas poesías ó deben considerarse todas ó cada una de por sí como producciones de tal ó cual poeta castellano de la edad media? ¿Deberán atribuirse á los autores entre cuyas composiciones se encuentran, ó proceden de épocas anteriores sin tradición de la pluma que debió escribirlas? ¿Serán debidas todas á la brillante imaginación de éste ó aquel de nuestros antiguos poetas, ó fueron escritas por Alvarez de Toledo ó Juan de Mena, ó por el marqués de Santillana, Lopez de Zúñiga, Villasardino ú otros vates de su tiempo? Y, en fin, si en otras colecciones ora permanezcan inéditas, ora hayan sido dadas á luz, se atribuye alguna de las referidas composiciones á determinado escritor, ¿podrá considerarse como cierto, cuando en los manuscritos de la misma época que se conservan en la Biblioteca imperial de París, nada se dice del nombre de sus autores, permaneciendo anónimas desde el siglo XV?

Solo respecto del *Dezir de las colores*, hallamos que en el folio 126, vuelta, del *Cancionero de Baena*, que se conserva manuscrito en la misma Biblioteca imperial, número 2807, (publicado en Madrid en 1851, con notas y comentarios, por los señores Ochoa y Pidal). Se encuentra un *dezir* hecho por Pero Gonçalves de Useda, «como á manera de pleito et rrequesta que ovieron en uno los colores del paño verde é prieto é colorado, porfiando qual dellos es mejor.»

Pero las variantes en esta poesía son tantas, que aun viniendo á decir lo mismo que la que publicamos, casi á cada verso se varia el sentido, y nos queda la duda de cual de las dos poesías es anterior ó cual de ellas pudo dar motivo á la otra, si la anónima á la de Pero Gonçalves de Useda ó al contrario (1).

No solo es, pues, preciso verificar una comparación mi-

(1) Don Eugenio de Ochoa, al indicar la poesía *Dezir de las colores* en el Catálogo de los manuscritos españoles de las bibliotecas de París, le considera *anónimo*, (página 456).

nuciosa del lenguaje y de su ortografía y aun de los códices entre sí, sino que son necesarios mayores estudios para poder atribuir á ciertos y determinados escritores la producción de los *Dezires y Cançiones* que en esta breve colección reunimos.

Entretanto, las poesías que hoy publicamos, deberán continuar en la modesta consideración de anónimas por mas que algunas de ellas sean interesantes muestras del excelente estado que alcanzaba en el siglo XV la literatura castellana.

DEÇIR D' AMOR.

Esperança mia por quien
Padeçe mi coraçon
Dolorido
Ya señora ten por bien
De me dar el galardón
Que te pido
Que pues punto dalegría
No tengo sy tu me dexas
Muerto so
Vida de la vida mia
A quien contare mis queexas
Sy á ty no.

Aquel Dios damor tan grande
Que consuela los vençidos
Amadores
De mando asoluto mande
Que fyeran en tus oydos
Mis clamores
Y la justa piedad
Que a persona tan hermosa
Perteneçe
Incline tu voluntad
Á mi vida dolorosa
Que padeçe.

Aquel tanto desear
Que façe ser porfiado
Al amante
Y no lo dexa mudar
Y quanto mas es penado
Mas constante
Y lo que façe ser mustias
A las amantes mujeres
Medio muertas
Te faga que mis angustias
En señalados plaçeres
Me conuiertas.

Aquel gran dolo que suele
Ynclynar las mas esentas
A mesura
Te duela que sy te duele
No puede ser que no syentas
Mi tristura
Do quicha podra naçer
Que con la penada vida
Que biuieses

Y viendo mi padeçer
Tú misma de ty vençida
Te vençieses

Torre domenaje fuerte
Fortaleça que tan bella
Nos parece
Congoxa damor despierte
Tu coraçon que syn ella
Sa dormece
O arco de flechas rraviosas
Que my salud desesperas
Sabe çierto
Que sy todas estas cosas
No te haçen que me quieras
Yo soy muerto.

Escucha los mensajeros
Que lleuan nuevas estrañas
Que te harten
Mis sospiros verdaderos
Que marrancan las entrañas
Quando parten
Y tenpla la mi pasyon
Con que yo te los envío
Padeçiente
Y syenta tu coraçon
La graue pena quel mio
Por ty syente.

Que sy no te veo muero
Con la soledad que acusa
La mi vyda
Y viendote desespero
En saber que no se escusa
Mi partyda
Entonçes syento vn plaçer
rrueuelto con vn dolor
Que mensaña
Y quando quiero escojer
Lo que pienso que es mejor
Mas me daña.

DECIR DE LAS COLORES.

Uy estar fermosa vista
Tres colores n' una flor
E avian gran conquista
Por qual era la mejor
Demandaron jugador
Qual lleuaria el prez
E tomaron por juez
Aquel que fuese el amor.

Otorgaron lo jugado
Las colores todas tres
Prieto verde y colorado
Cada vna yua cortes
Lleuauan en vn paues
Escrita esta rraçon

SEGUNDA SERIE.—1864.

Señor oye esta intencion
Cada vna que tal es.

Fablo luego lo colorado
Con muy gran cortesya
E muy bien aconpañado
De orgullo e loçanfa
Señor yo pongo alegría
Mas que otra color
E por tanto buen señor
Meresco esta valia.

Ca sy es oro o plata
A mi mucho perteneçe
E la fina escarlata
Sobre todo bien parece
Do viste sy acaeçe
El papa e lenperador
Por quanto la mi color
Jamás nunca defalleçe.

El verde fablo luego
Vn poco obediente
Mi señor yo vos rruego
Que me deys este presente
E vengase vos en miente
Que so yo el mas loçano
Prueuolo con el verano
Con que plaçe a toda jente.

Las rrosas e las flores
En mi façen naçimiento
En mi cantan rruyseñores
De cantares mas de çiento
E yo fuy començamiento
Del vuestro noble valor
E por esto buen señor
Vos aved conoçimiento.

El prieto fue a fablar
Los ojos en tierra puestos
Señor no me se loar
Como se loan aquestos
E yo no se façer jestos
Gomo los enamorados
Mas dotores e prelados
Yo los fago ser onestos.

Muchos onbres rrelygiosos
De mi façen cobertura
E mucho mas omilldosos
Que andan con gran cordura
E que fablan con mesura
Palabras muy graçiosas
E por todas estas cosas
Mia sea la ventura.

Desque ovieron acabado
Las colores su rraçon
El juez pues muy onrrado
E de buena condiçion

AÑO XXII. 26

Vy segun mi intençion
Lo quentendí: vos dire
Que todas por buena fe
Mereçedes galardón.

Mas el ques tornadiso
Mucho syerue en valde
Ca sy pone apostiço
La mujer el aluayalde
E por esto al prieto dadle
La onrra e tenençia
Ca yo por mi sentençia
Lo mando como alcalde.

DEZIR DE UN APASSIONADO.

Si por negra vestidura
Es senyor que non vos vea
Qual fué nunca mi librea
Si no de negra tristura
En pascua, solaç y fiesta
En el gozo de plazer
Siempre fué mi color esta
Negro vestir se traher.

Por que mi dicha fué negra
E yo sin ventura mas
Mi fiesta viene detras
Ninguna pascua me alegra
Donde plazer se que fazen
Sin plazer fuyo de alli
Pocos plazerres me plazen
Fuyendo plazer de mi.

Ninguno non sabe tanto
De lo triste como yo
Pues tristeza me cobryó
Aquel su pesado manto
Deleyte me quiere ver
Mi tristura non le dexa
Por pesar dexo plazer
E contento tengo quexa.

Justo es vista mi vida
De tanta contrariedad
Conformar la veluntat
Con la tristeza complida
Tomando de negra carga
E cargando de sofrir
Sofriendo tal vida amarga
Dolçura sera morir.

Si la puerta fuesse visa
Que triste faç mirasse
Tengo que non me dexasse
Entrar en ninguna guisa
Mas entre goçosa gente
Vn triste bien passará
Que viue cuytadamente
E de tristura morirá

FIN.

Del triste que padesciente
Es sempre fue y sera
La triste letra presente
Vuestra merced tomará.

CANCION.

De mi tan bien seruida
A que me fazes guerra?
Mira la mi vida
Ya como se atierra

Assombrada de mirar
Tamanya perfeccion
Ha perdido el fablar
Catiuandol coraçon.

A muerte es venida
Sin fazer ninguna yerra
Triste como vencida
Es cayda por tierra.

Assi que sin otro danyo
Es cosa cierto sabida
Que peor es la partida
Que muerte ni otro danyo.

CANCION.

A dios a dios buen amor
Ques forçada mi partida
Con tan sobrado dolor
Que sera fin de mi vida.

No espero sino muriendo
De ti mi alma partir
Blasfemando y maldiziendo
Mi desastrado vivir
Porque fue consentidor
Que fuesses de mi querida
Con tan sobrado dolor
Que sera fin de mi vida.

FLORENCIO JANER.

DEL EGOISMO Y SUS FATALES CONSECUENCIAS.

EL EGOISMO NO PUEDE PROPORCIONARNOS UNA VERDADERA DICHA.
—LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ, ALEGORIA ORIENTAL.

Todas nuestras pasiones tienen indistintamente entre sí puntos de relacion y matices tan delicados, que el hombre repetidas veces pasa, sin advertirlo, de una pasion noble á otra viciosa y abominable. Con efecto, si damos rienda suel-